
Emigrantes: una referencia apostólica.

P. Francisco Ivern, sj.¹

A finales de 1979, el P. Arrupe comenzó a pensar en la creación del Servicio Jesuita para los Refugiados, conocido generalmente como JRS (Jesuit Refugee Service). No le faltaron críticos. Entonces se hablaba mucho, tal vez más que ahora, de promover la justicia que la fe exige, en un mundo marcado por vastas desigualdades e injusticias. Algunos eran del parecer que, al crear una nueva obra a favor de los refugiados, “desviaríamos” nuestra atención y escasos recursos para ocuparnos de un problema que no era sino una manifestación de males más profundos que debíamos combatir.

Sin embargo, con la tenacidad que le caracterizaba cuando intuía que el Espíritu le llamaba a seguir un determinado camino, Don Pedro ignoró las críticas y acabo convenciendo a todos de que el JRS era oportuno y necesario. Para él, nuestra presencia en esa área sería un testimonio irrefutable de que promovíamos la justicia no por razones de orden ideológico o meramente político, sino movidos por el amor.

Después de múltiples consultas y contactos con personalidades y entidades, tanto en el ámbito de la sociedad civil y de la ONU como de la Iglesia, se persuadió, como me escribía en julio de 1980, en carta autógrafa que todavía conservo, que ese era un campo de actuación inmenso, urgente, y al mismo tiempo permanente, en que la Compañía no puede permanecer ausente.

* Conferencia dictada en Río de Janeiro, el 1° de abril del 2003. Documento obtenido del sitio web de la CPAL el 3 de febrero del 2004., <http://www.cpalSJ.org>

¹ Presidente de la Conferencia de Provinciales Jesuitas de América Latina (CPAL).

Los últimos 20 años han demostrado cuan acertada fue su intuición. El JRS ha realizado una inmensa y magnífica labor, hoy es conocido en todo el mundo y ha conseguido movilizar no sólo a jesuitas, sino a centenares de religiosos, religiosas, laicos y laicas que han encontrado en ese "servicio" un "magis" de valor y sentido para sus vidas.

Hoy, nuestro Padre General y también los Superiores Mayores de la Compañía en América Latina, reunidos en la CPAL, nos piden que dediquemos al problema de los emigrantes la misma energía y entusiasmo que nuestros hermanos y compañeros de misión dedicaron y dedican a la cuestión de los refugiados. De hecho, el P. Kolvenbach ha propuesto las migraciones como una "preferencia apostólica" para toda la Compañía.

En América Latina ya hemos tenido varias reuniones interprovinciales para tratar de ese asunto. En octubre de 2001 tuvimos una en Limpio, Paraguay, antes de la 4ª Asamblea de la CPAL. En septiembre de 2002, se organizó otra en México con la participación de las Provincias de Estados Unidos, Canadá, México y Centro América. La última de ellas tuvo lugar recientemente, del 21 al 23 de marzo, en Lima, Perú, convocada y patrocinada conjuntamente por las Provincias de Perú y Ecuador. El tema de las migraciones también figura en la agenda de la reunión conjunta que la CPAL tendrá con la "Jesuit Conference" de Estados Unidos, en mayo de 2004, en Miami.

Nuestro interés y preferencia apostólica por la causa de los emigrantes se justifican por motivos quizá todavía más relevantes que en el caso de los refugiados, si consideramos la magnitud del problema. Cuando hablamos de emigrantes no nos referimos a los que tienen que dejar su país por causa de guerras o razones políticas, ni sólo a aquellos que están en situación irregular o ilegal, sino a todos aquellos que emigran simplemente por razones económicas, para poder sobrevivir, y que hoy pasan de los cien millones. Algunos hablan de 150 millones.

Migraciones siempre las hubo, pero en los siglos que nos precedieron el contexto era bien diverso. Hoy vivimos en un mundo globalizado, con abundantes recursos materiales y tecnológicos, con enormes facilidades de comunicación y transporte. Vivimos en un mundo

en el que países almacenan grandes cantidades de alimentos y “pagan” a los agricultores para que no produzcan tanto; en un mundo donde algunos comen y consumen demasiado y otros tienen que dejarlo todo, patria y familia, para no morir de hambre. En ese mundo los desplazamientos migratorios masivos, no tanto en sí, sino en el modo y circunstancias en que acontecen, constituyen una nueva y escandalosa forma de pobreza que no podemos ignorar ni tolerar. El documento de la CPAL, Principio y Horizonte de nuestra misión en América Latina, también nos lo recuerda (n. 24).

En cuanto combatimos las raíces del mal, las desigualdades e injusticias que marcan nuestra sociedad, tarea de medio y largo plazo, no podemos dejar de testimoniar nuestro amor y solidaridad, acudiendo a la ayuda de los que se ven obligados a emigrar en condiciones realmente precarias y, al llegar al paraíso de sus sueños, a veces son discriminados, tratados como indeseables, y hasta mandados de vuelta, sin más, a sus países de origen.

¿Qué puede la Compañía hacer ante un problema tan vasto y tan complejo? ¿Abrir nuevas obras? En algunos casos, quizá pueda y deba hacerlo. Pero aunque no abramos obras nuevas, ese problema y los que sufren por su causa deberían estar muy presentes en las obras que ya tenemos: universidades, colegios, parroquias, y en nuestro trabajo apostólico en general.

Si estuviera todavía con nosotros, el P. Arrupe nos diría sobre los emigrantes lo mismo que nos dijo, más de veinte años atrás, sobre los refugiados: En el día de hoy, el problema de las migraciones es tan grave y afecta a tanta gente que la Compañía no puede permanecer ausente. El P. Kolvenbach añadiría que, como hicimos en el caso de los refugiados, tenemos que dedicarnos a los emigrantes “con el mismo entusiasmo y generosidad”.

[Tomado del sitio web: Conferencia de Provinciales Jesuitas de América Latina (CPAL) (3 de febrero 2004) <http://www.cpalsj.org/documentos/documentos.asp>]